



Prólogo a la segunda edición

Hugo Herrera Pardo

Tres libros de Ángel Rama aparecieron publicados en los años inmediatamente posteriores a su fallecimiento, ocurrido a fines de 1983. En 1984 se publicó en México *Literatura y clase social*, volumen que recopiló siete trabajos entrecruzados por la relación entre literatura y política que, en su mayoría, habían sido presentados como comunicaciones en seminarios y congresos o bien publicados como prólogos o colaboraciones en libros durante la década de los setenta e inicios de los ochenta¹. El mismo año apareció en dos ediciones, una publicada en Estados Unidos por Ediciones del Norte y otra en Montevideo por Fundación Ángel Rama, *La ciudad letrada*, libro —y metáfora— que no amerita mayor presentación, puesto que con el paso del tiempo llegaría a convertirse en una de sus obras más reconocidas, citadas, discutidas,

expandidas y traducidas. Mientras que en 1985, también en Montevideo y también por Fundación Ángel Rama, apareció *Las máscaras democráticas del modernismo*. Sabemos que la publicación póstuma es una marcación simbólica que por lo general arrastra consigo una considerable fuerza en los circuitos culturales y librescos. No obstante, a este último libro dicha suerte se le resistió. Y esto por distintos motivos.

Por una parte, si bien se trata de un libro menos orgánico que *La ciudad letrada* en cuanto a apuesta conceptual, también es cierto que se trata de un manuscrito que fue aún menos revisado por Ángel Rama que este último, siendo organizado a partir de textos inéditos encontrados en su archivo personal. De acuerdo a lo constatado por sus editores en la nota introductoria, el libro fue publicado sobre la base de dos manuscritos, uno de características más breves y sin fecha exacta de referencia y otro que constituiría una versión más extendida y, por lo mismo, más elaborada, y en la que el crítico uruguayo se habría encontrado trabajando hacia 1983. Se trató, por tanto, de un texto acechado desde su aparición por problemas de datación, de referencias ausentes con respecto a su propia genealogía escritural, de serias fallencias a nivel de edición, entre otros. De esto da temprana cuenta, por ejemplo, una demoledora reseña publicada por Jorge Arias en tres números consecutivos de la revista *Asamblea*, entre septiembre y octubre de 1985, reseña que es todo un inventario de lo que el autor cataloga como "conceptos no definidos, ambiguos o mal definidos", "afirmaciones inverificables", "afirmaciones falsas", "verbalismo grandilocuente", "expresiones emotivas" o "contradicciones". Entonces, dada esta escena, ¿qué justifica volver a poner en circulación *Las máscaras democráticas del modernismo*, a 35 años de su publicación original? Pienso que, inicialmente, dos motivos. De un lado, la articulación entre su forma imperfecta y la carga temporal que arrastra permite volver a auscultar el lugar intermitente pero transversal que el estudio del siglo XIX ocupó en la obra de Rama. De otro, frente a la contemporánea crisis radical

de la democracia históricamente elitista y masculina en tanto sistema representativo, frente al debilitamiento de sus instituciones producido por cuatro décadas de saqueo neoliberal, los capítulos del presente libro pueden leerse como una contribución fragmentaria y dispersa a la dimensión cultural en la genealogía de dicho proceso histórico. Las siguientes líneas se proyectan en estos dos sentidos.

Para ello tomemos como punto de partida arbitrario "El amor de la lengua española", título de la última conferencia que Ángel Rama brindó en la Universidad de Maryland. Fue pronunciada el 14 de diciembre de 1982 a estudiantes y profesores del Departamento de Español y Portugués de aquella institución y tuvo una función de despedida como consecuencia de las infames acusaciones del gobierno norteamericano que culminaron con la no renovación de la visa de residencia permanente del intelectual uruguayo, debido a considerarlo un extranjero "inadmisibles" producto de sus -aparentes- vínculos con el "comunismo"². Aunque, como lo reconoce el mismo Rama al comienzo del texto, más que una conferencia se trató de una conversación sobre la poesía en español de tipo amoroso, en un recorrido que se expande desde los cancioneros de los siglos XV y XVI hasta las primeras décadas del siglo XX, en la que el ensayista recorrió velozmente "algunas de las grandes pasiones, de las grandes admiraciones que produce la literatura y que produce la poesía" (5). Comunicación presentada que fue, pragmáticamente, un hecho contradictorio. Humberto Giannini definió a la conversación como un "modo de la hospitalidad humana" (90)³, como acoger a otros y otras mediante la palabra. Frente a la negativa de hospitalidad por parte del gobierno norteamericano la respuesta de Rama fue la nobleza de la conversación. Otra apreciación de Giannini sobre la conversación nos puede servir para fundamentar por qué escoger este texto como punto de partida arbitrario. Aludo a aquello que Giannini llamó "principio de mostración", algo que aparece como invisible en la conversación, algo que no se deja mostrar del todo y que, por ende, es tarea del ha-

blante hacer avanzar al receptor hacia la cristalización de ese punto. La somera travesía conversada por Rama en aquella ocasión llega hasta finales del siglo XIX, punto en el que desliza, en torno a la poesía de Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío, una apreciación que venía siendo su hipótesis de trabajo en una larga investigación sobre aquél siglo en América Latina y que, por tal, puede ser comprendido como su “principio de mostración”. En ese pasaje de la conversación, nuestro relator comenta que ocurre en este momento algo que denomina una “suerte de democratización” en el tema amoroso, ya que irrumpen deseos y pulsiones en los cuales “los encuentros son fugaces, repentinos, y los encuentros establecen relaciones inesperadas, establecen asociaciones nunca pensadas” (16). Este punto de la conferencia, pronunciada por un Rama ad portas de comenzar el trashumante y último año de su vida, nos puede permitir un desplazamiento hacia el primero de los sentidos esbozados en el párrafo anterior. Y es que algunas de las más importantes publicaciones de la etapa final en la profusa producción ensayística de Ángel Rama abordan los diversos alcances de esta “suerte de democratización” que vive el continente americano hacia finales del XIX, y de la cual a la fecha de enunciada aquella conversación ya había escrito, publicado o leído públicamente varios artículos: “Building and Structure of the Latin American Culture (1750-1830)”, “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, “Autonomía literaria americana”, “Un pueblo en marcha” (redactado como prólogo al libro *La larga lucha de América Latina. Un siglo de pensamiento latinoamericanista, 1880-1980*), “José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautréamont, Rimbaud”, “De la concertación de los relojes atlánticos” o su proyecto para la beca de la Fundación John Simon Guggenheim (ejecutado durante el año 1982). Trabajos a los que pueden sumarse sus aportes sobre la poesía modernista latinoamericana publicados durante la década de los setenta: *Rubén Darío y el modernismo (Circunstancia socio-económica de un arte americano)* (1970), “La estética de Julio Herrera y Reissig: el travestido de la muerte” (1973), “La dialéctica de la modernidad en

José Martí" (1974), *Rufino Blanco Fombona y el egotismo latinoamericano* (1975), *Los Gauchipolíticos rioplatenses* (1976, 1982) e "Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de *Versos sencillos*) (1980). Aunque el interés por la centuria decimonónica puede rastrearse inclusive hasta el inicio de su carrera, en concreto desde la publicación de su primer libro ensayístico, *La aventura intelectual de Pedro Figari* (1951), pintor y escritor a quien le prologó otros volúmenes, *Cuentos* (1951) y *Arte, estética, ideal* (1960). Un interés –el siglo XIX– y una forma textual –la preparación de prólogos– que también se extendió hacia otros autores: Eduardo Acevedo Díaz, Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Roberto de las Carreras, Hilario Ascasubi, Bartolomé Hidalgo, Rufino Blanco Fombona, entre otros. Las falencias, incongruencias y contradicciones de *Las máscaras democráticas del modernismo* deben verse dentro de este interés intermitente pero transversal de Rama sobre el siglo XIX latinoamericano. Al atravesar su trayectoria, este recorte de su vasta bibliografía proporciona puntos de vista, intuiciones y proposiciones que pueden examinarse, cotejarse, contrastarse, por cierto que desestimarse, pero por sobre todo enfrentarse entre sí y también en relación a otros acercamientos.

La democratización es, en efecto, el proceso determinante de la modernidad en la cultura latinoamericana de acuerdo a la interpretación de Ángel Rama. Es el índice por medio del cual evalúa cada fase o momento distintivo de su devenir histórico; en la independencia, en la modernización y el modernismo, en las vanguardias y las narrativas regionalistas, en el boom y sus estratos adyacentes, en las dictaduras y sus exilios. En su definición del concepto (no exenta, claro está, de conflictos y cuestionamientos), un aspecto clave es el acceso a la letra, la incorporación a la cultura y sus circuitos de lectura, proceso entendido como una incesante ampliación de límites, como una "habitual emergencia progresiva", un derribo de barreras jerárquicas, de redistribución de relaciones y cuyo "rasgo capital" en el ámbito de la literatura es, a su

juicio, “haber sido un proceso de dinámica producción literaria acumulativa e integrativa” (62)⁴. Una ampliación democratizante para la cual Rama, en este libro póstumo, llega a proponer una organización categorial estructurada en dos macromomentos. El primero de ellos es lo que denomina “Cultura modernizada internacionalista” (identificada desde más o menos 1870 hasta los centenarios), mientras que el segundo corresponde a la “Cultura modernizada nacionalista” (visibilizada desde los centenarios en adelante). A su vez, en su elaboración del modelo, el primero de estos macromomentos contendría tres etapas: la “cultura ilustrada”, la “cultura democratizada” y la “cultura pre-nacionalista”. Mediante este esquema abarcativo de ampliaciones, Rama se propuso abordar diferentes niveles o fenómenos –de los cuales el anterior tema amoroso es solo uno de muchos– dentro de una impetuosa democratización, no libre, por cierto, de las resistencias que le llegaron a oponer los sectores dirigentes, por un lado, y la potencia plebeya, por otro. Aunque, al igual que como ya se ha discutido para el caso de *La ciudad letrada*, la potencia plebeya es una de las grandes zonas a ser completadas en este esquema. Democratización que fue notoria por sobre todo en las ciudades, su escenario por excelencia, donde, por ejemplo y en relato efectuado por el autor, se ampliaron los estratos sociales al surgir un proletariado que se organizó sobre los modelos sindicales europeos y con cuyos cuadros intelectuales comparten algunos poetas un espíritu rebelde (como en el caso de las aventuras ácratas de Roberto de las Carreras o Leopoldo Lugones), y también organizada sobre una baja clase media, que a partir de familias de artesanos o de pueblerinos que emigraron a las capitales, puertos y ciudades pujantes en general, procuraron ascender en las escalas estipuladas para la administración, la enseñanza, las diversas profesiones e inclusive en el ejército.

Todo esto lleva al ensayista uruguayo a visualizar los cincuenta años de la “Cultura modernizada internacionalista” como un “proceso evolutivo” que sin cesar va amplificando sus bases al incorporar nuevos

stratta. Punto de vista problemático en sí, pero que debe ser auscultado como un proceso enriquecido, a su vez, por sucesivas incorporaciones externas e inventivas respuestas internas que en la práctica no se sustituyeron entre sí, sino que se fueron acumulando y combinando de diversos modos, e instituyendo paulatinamente así un sistema de valores culturales en América Latina, en tenso diálogo con la integración en una civilización-mundo de naturaleza productiva industrial, a la dinámica atingente a la “valorización del valor” del capital. En palabras del propio Rama, “deberemos convenir que no puede depararnos sino un *arte en movimiento* que no acepta demarcaciones estéticas rígidas ni puede reducirse a equivalencias más o menos logradas con las corrientes europeas” (126). Una ampliación que Rama también aprecia en las nuevas polarizaciones que se produjeron en el periodo –entre los que se cuentan binarismos tales como idealismo/ materialismo, nacionalismo/ extranjerismo, elitismo/ populismo, proteccionismo/ librecambismo–, las que en su opinión se habrían de distribuir irregularmente entre los distintos grupos sociales.

Dentro de esta primera dimensión significativa de los procesos democratizadores, también se puede ver la ampliación paulatina que fue adquiriendo el estudio del siglo XIX en su obra. Estudios a los que podríamos adjudicarle el mismo comentario sobre la democratización que observa en la poesía amorosa hispanoamericana, ya que a lo largo de su estudio sobre el siglo XIX latinoamericano va estableciendo “relaciones inesperadas, asociaciones nunca pensadas”, al menos no con tanta asiduidad hasta entonces, lo que por sobre todo queda ilustrado al mencionar el dominio del mundo brasileño que fue adquiriendo Ángel Rama, lo que produjo que en sus estudios más sistemáticamente abarcadores, intelectuales hispanoamericanos como Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, Gabino Barreda, José Enrique Rodó, Rubén Darío, José Martí, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera, Eugenio María de Hostos, Paul Groussac, Valentín Letelier, Florencio Sánchez, Julio Herrera y Reissig, Baldomero

Sanín Cano, José Asunción Silva, Calixto Oyuela, Justo Sierra, Manuel Ugarte, Roberto de las Carreras, Leopoldo Lugones, Pedro Emilio Coll, Carlos Vaz Ferreira, Ricardo Jaimes Freyre, Manuel González Prada, Pedro Figari, Manuel Díaz Rodríguez, hayan sido relacionados con intelectuales brasileños como Tobías Barreto, Machado de Assis, Silvio Romero, João Crus e Sousa, Medeiros e Albuquerque, José Verissimo, Araripe Júnior, Augusto dos Anjos, por mencionar algunos. Enumeración esbozada a partir de los trabajos de Rama que no guarda un afán caprichoso, sino que busca evidenciar que estas asociaciones, por cierto, dan cuenta de la sustracción femenina dentro de las “suertes democratizadoras” de la modernidad decimonónica latinoamericana.

No obstante, es una segunda dimensión significativa de los procesos democratizadores abordados por Rama transversalmente en sus últimos estudios, la que aparece como más problemática y, por lo mismo, con mayor atingencia para establecer enlaces genealógicos con el punto límite al que ha arribado en la actualidad la idea de democracia. Un posicionamiento que el ensayista uruguayo asume sosteniéndose en Nietzsche, quien percibió que el proceso de democratización y el “baile de máscaras” eran la misma cosa. La democratización, en el juicio nietzscheano leído por Rama y utilizado para titular el libro que ahora tratamos, “acarrea el ascenso social de quienes habían pertenecido al tercer estado, encabezados por los activos trepadores burgueses, tras los cuales iban los rezagados proletarios que hasta ayer habían sido campesinos, todos, por lo tanto, plebeyos. Los nuevos amos de la sociedad parodiaban a los que habían sido sus señores y modelos, inaugurando una suerte de mascarada” (80-81). El elogio de Nietzsche a la demanda de máscaras (“Todo lo que es profundo ama el disfraz. Las cosas más profundas sienten cierto odio respecto de las imágenes y de los símbolos”) interesó agudamente al uruguayo. Sobre todo en su operación filológica, ya que posiciona un escenario hermenéutico que reposaba bajo el supuesto que si toda la cultura moderna cumplía fatalmente una

función enmascaradora, eso era debido a que procuraba suplantar el "texto" del pasado con la "interpretación" moderna, como un medio de hacer suyo el mensaje que ya no le pertenecía y que necesitaba adecuar a sus impulsos, a sus secretos deseos, a su ideología (82-83). Es decir, el "baile de máscaras" nietzscheano fue incorporado por Rama a su repertorio conceptual emanado de su particular "poética del desajuste" (Richard Rosa), del problema de representación, de la divergencia entre circunstancias y discursos con que analizó la historia cultural y literaria de América Latina⁵. A partir de este planteamiento, que puede ser asimilado a lo que Bolívar Echeverría llamó el "*ethos romántico*"⁶ de la modernidad capitalista, Rama argumenta para la época señalada que no era suficiente con disfrazarse uno mismo; también era necesario disfrazar al mundo circundante, transponerlo a la proyección deseada para que confirmara (o no) los sueños de los figurantes que en él actuaban y en él querían legitimarse. La modernidad en clave de escenografía: el "arte de la decoración fue trasladado de la escena pública a la escena privada, provocando la apoteosis del amoblamiento" (84).

Precisamente en *Las máscaras democráticas del modernismo*, Ángel Rama señala varios ejemplos de esta mascarada en el contexto latinoamericano finisecular al que aborda. Por ejemplo, señala que Miguel Antonio Caro fundamentó el principio de la desigualdad como fundamento necesario del orden social. De tal concepción se expandieron y consolidaron rasgos tales como una organización paternalista del Estado, la jerarquización clasista de la sociedad, las limitaciones de la soberanía popular mediante el establecimiento de un orden estricto acompañado de deberes impuestos, la oposición franca al llamado "dogma de las mayorías" propuesto por los utilitaristas (19). Otro intelectual colombiano, Rafael Núñez, advertía una contradicción en su compatriota Caro, aunque vista desde otro ángulo: el de la sociedad burguesa racional (y agnóstica) que se fomentaba y cuyos forzosos efectos democratizadores se propuso impedir o, al menos reducir, gracias al encuadre ideológico que pres-

taba la Iglesia. Se trata de una doctrina conservadora de la modernización que, a juicio de Rama, rotaba sobre una contradicción interna:

[A]spiraba a desarrollar las potencialidades económicas de la sociedad burguesa (la fundación del Banco Nacional, las emisiones de papel moneda, el sistema crediticio, sobre cuya filosofía disertó malabarísticamente Caro) y al mismo tiempo restringir el impulso democratizante que acarrearaba, no solo en el campo social y político, sino asimismo en la filosofía y en la literatura, con una amplitud de visión intelectual que fue raro encontrar en otros políticos conservadores, aunque estos compartieran el esquema interpretativo y procuraran actuar del mismo modo (22).

En la "interpretación" ramiana del "texto" modernizador, para volver sobre las categorías nietzscheanas, todas las disciplinas culturales incursionaron en estos disfraces: las ideologías económicas, las concepciones del poder, las mismas prédicas revolucionarias, pero donde el deseo adquiriría incandescencia era en el campo erótico que, además, abarcaba a los demás. En sus propias palabras, el uruguayo argumenta que podría

[D]ecirse que el erotismo que entonces adviene al mundo se caracteriza por una raigal incapacidad para manifestarse y alcanzar su intensidad más alta, si no es mediante el travestido. Si por un

lado nunca demostró más energía expansiva, contaminante, irrefrenada, por el otro nunca necesitó más de desviadas formas expresivas, de tránsitos indirectos, de máscaras cambiantes, como si el deseo y la máscara constituyeran la explosiva fórmula erótica de la modernidad (87-88).

Por supuesto que el fenómeno literario no escapó a este baile de máscaras. Para Rama, la palabra, que había sido manejada por la mayoría romántica atendiendo a su mera capacidad de significar, recuperaba su apoyatura sonora, era gozada, aun antes que por el significado que portaba, por el significante fónico cuya arbitrariedad parecía enmascarar el sentido. En su opinión,

Estos significantes se hablaban entre sí, vinculando mitades de signos lingüísticos, se respondían y se acordaban en un arpegio armónico, trazaban extrañas asociaciones que contaminaban a los significados, pero sobre todo procuraban significar de una manera nueva, inédita, a espaldas de las codificaciones del diccionario. Era una hazaña de la sensación, excitada por el demonio de la novedad y por el otro, muy antiguo, de la analogía (163-164).

En su ensayo "Los usos de la democracia", Jacques Rancière⁷ ahonda en un problema que arrastra esta perspectiva interpretativa en tanto se asume como inadecuación, "principio de mostración" que ha venido mostrando su presencia en los últimos párrafos. Señala el filósofo francés:

Pretendo, simplemente, hacer notar de qué manera ese pensamiento de la división como no-verdad -como ilusión o mentira- se ha traducido en la ciencia social y en las formas de crítica social y de percepción política inducidas por su discurso. Es en efecto este pensamiento el que ha proporcionado a la ciencia social su carácter original de una ciencia de la sospecha que piensa la heterogeneidad de las formas democráticas como inadecuación a sí y el espacio de la palabra y la representación democrática como escena de travestismo de la verdad.

De esta manera, para Rancière, a esta forma de la democracia le emanó un doble discurso:

La práctica democrática se ha visto así duplicada por el pensamiento de la sospecha, del mirar por debajo, reenviando todo enunciado democrático a una verdad disimulada de la desigualdad, la explotación o el desgarramiento. Se ha constituido una alianza entre dos temas: el de la democracia formal opuesta a la democracia real, y el de la ilusión propia de la conciencia espontánea de los actores sociales -especialmente de la conciencia espontánea de los explotados, separados del sentido de su propia práctica. De allí nació un doble discurso: un dogmatismo de la verdad escondida y un escepticismo del desconocimiento necesario. Dispositivo

teórico que posee el temible poder de sobrevivir al colapso de sus modelos políticos. Justamente allí donde han quedado destrozados los grandes modelos de la esperanza política, donde nadie se atreve a oponerle nada a la democracia en cuanto buena forma de colectividad, el dogmatismo sigue vivo en la forma de escepticismo. La rutina indefinida de la desmitificación impone siempre un modo de pensar y de practicar la democracia en el modo de la sospecha, como si fuera siempre necesario hacerle confesar a ésta que no es lo que pretende ser, que los que la practican viven perpetuamente engañados respecto de lo que hacen (64).

Bajo esta lógica, entonces, se delinea la figura del intelectual como héroe moderno. El problema que surge es que, por lo general, el ensayista, el sociólogo o el crítico social ganan siempre, mostrando que la democracia pierde siempre. Es decir que a este respecto ocurre otro enmascaramiento disimulado, el del estatuto socio-institucional del propio discurso crítico, que oblitera, a partir de la desmitificación, su propia participación o compromiso en el "escándalo democrático", para ocupar otra expresión del mismo Rancière. El asunto en cuestión no pasa por desmentir el baile de máscaras de la "desmesura democrática", instituyente y legitimadora históricamente de desigualdades y violencias, sino en desenmascarar al dispositivo teórico. En definitiva se trata de disminuir la distancia que asume y esconde el propio discurso crítico con respecto a la sospecha. Es aquella distancia la que separa de manera atenuada, a su vez, a *Las máscaras democráticas del modernismo* de *La ciudad letrada*, y a ambas publicaciones de un libro como *Desencuentros de la modernidad en América Latina* de Julio Ramos,

en donde aquel auto-examen exigido hacia el ensayo y el letrado es manifiesto. En este sentido, lo radicalmente diferenciador del trabajo de Ramos es su abordaje del ensayo como un dispositivo de autoridad que en pleno contexto democratizador finisecular repolitiza sus estrategias de legitimación. Porque si, finalmente, la democracia es la potencia fundacional de la heterotopía necesaria para la política (Rancière), el análisis del periodo democratizador latinoamericano no podía quedar exento del cuestionamiento hacia el tejido socio-discursivo e institucional que legitimó la producción y administración de las “políticas de la interpretación” y las “políticas de la representación”, sostenidas por la democracia elitista y masculina de la América Latina decimonónica. Por tanto, debido a sus aciertos y también a sus imperfecciones, *Las máscaras democráticas del modernismo* constituye un eslabón significativo en esta genealogía múltiple y heteróclita, un relato de la modernización construido por uno de los últimos enciclopedistas críticos del latinoamericanismo, narrativa que se mantiene a la espera de ser sometida a interrupciones que le restituyan, así, sus potencias negadas u ocluidas, para complejizar un itinerario lleno de pliegues sobre las aventuras y desventuras de la democracia en América Latina.

Agradecimientos

Esta segunda edición de *Las máscaras democráticas del modernismo* fue posible gracias al apoyo de Amparo y Claudio Rama y a la adjudicación de un Fondo del Libro y la Lectura del MINCAP, en su convocatoria 2020, línea Fomento a la industria/Apoyo a ediciones/Libro único. Contó con el valioso trabajo de Florencia González Gaete y José Leyton Silva en la revisión del manuscrito. También, con el generoso diálogo de Facundo Gómez en la discusión de ideas y en la facilitación de materiales de archivo. Y, por último, fue de igual manera posible gracias al apoyo y trabajo de todo el equipo tras ediciones mimesis.